

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Esté precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN



EL DEBER



—Antonio, hijo mío, no vayas a visitar a ese enfermito. Es cierto que el médico de aquella barriada te ha dejado el encargo de hacer sus veces durante su ausencia; pero, él estará de regreso esta misma noche, y en rigor tú no estás obligado a suplirle más que en caso de urgencia, heridas, accidentes, etc.; el caso de este enfermito, para quien te acaban de avisar, no parece urgente, y en cambio podría tener para ti serias complicaciones; ten en cuenta que hace sólo ocho días que estás convaleciente de un ataque grave de gripe, que aún no estás fuerte, y que si la enfermedad de este niño; que al parecer es de trastornos gástricos, tuviera alguna relación con la difteria, podrías muy fácilmente, dado tu estado delicado, contraer esta terrible enfermedad en condiciones muy graves porque no tienes resistencia contra ella.

—No, madre, desecha todo temor; no creo que ese niño tenga difteria, y aunque la tuviera nada debo temer, y además no debo ni pensar en ello porque sin género alguno de duda mi deber es acudir inmediatamente a la cabecera de ese enfermo que en este instante no puede ser asistido más que por mí; y tú, madre querida, que tanto me has predicado sobre el cumplimiento de los deberes, no me puedes aconsejar que falte a éste; piensa que acaso depende la vida del niño de que yo llegue pronto a su lado, y poniéndote en el lugar de su madre, dime si me es lícito detenerme por un temor pueril y egoísta.

—No, hijo mío, no quiero que faltes a tus deberes; pero acuérdate de que también los tienes para conmigo y para ti mismo, y ahora, tan delicado y débil como has quedado, tienes la obligación de cuidarte con más atención y más esmero que de ordinario, y es imprudentísimo exponerte a contraer esa terrible difteria que esta temporada está tan extendida en la población y más particularmente en aquel barrio.

—Estate tranquila, mamáita, contestó Antonio, haciendo una caricia a su

madre, al mismo tiempo que tomando su sombrero salió rápidamente.

—Toma todas las precauciones, hijo de mi alma, gritó la madre llena de inquietud por el riesgo que corría su hijo, aunque en el fondo satisfecha de que él quisiera cumplir tan valientemente con sus deberes, tal como ella se lo había inculcado en todos sus consejos.

Rápidamente se encaminó Antonio hacia la barriada, accidentalmente a su cargo, y entró en una casa pobre y vieja donde estaba tan olvidada la higiene como desconocida la comodidad; preguntó a la primera vecina que le salió al paso por el niño enfermo, cuyo nombre leyó en la papeleta que al avisarle le habían dejado en su casa, y penetró en una mezquina habitación de atmósfera acre y repugnante en uno de cuyos rincones pudo distinguir, después de habituar la vista a la oscuridad, una cunita y al lado de ella una pobre mujer llorando. Se acercó a la cuna, separó suavemente una porción de trapos que se amontonaban sobre el niño y examinó de una rápida ojeada el estado de éste.

Bien pronto comprendió que el anhelito y silbido de la corta respiración de la criatura, el aspecto de asfixia de su carita y la fiebre que le abrasaba eran claros indicios de la terrible difteria, y sin vacilar ni sentir temor ni repugnancia, procuró con gran suavidad abrir la boca del enfermito a fin de examinarle la garganta, observándole bien pronto las placas grises reveladoras de la exactitud del diagnóstico; durante esta ligera inspección sobrevino al niño un fuerte golpe de tos, y escupió en los propios labios del joven doctor algunos trocitos de sus placas, transmitiéndole con ellos los mortíferos bacilos de su traicionera enfermedad. Sintió el doctor un momento de terror de considerarse contagiado, y, presa durante un instante del mayor espanto, se limpió la boca con el revés de la mano y se dejó caer en una sillita inmediata a la cama, recordando, lleno de amargo sobresalto, los temores y advertencias de su madre, a la que ya

veía acongojada al lado de su lecho de moribundo. Duró este espasmo de miedo menos que se cuenta en relatarlo, y, reaccionando su conciencia de hombre de bien sobre sus cobardes egoísmos, se irguió y miró con la mayor ternura y firme intensidad al enfermito, tranquilizando como pudo a su acongojada madre, a la que ofreció volver inmediatamente con la medicina con que esperaba muy confiadamente salvar al niño, y salió muy apresurado en busca del suero salvador.

Tras breve rato, que a la madre del enfermito pareció un siglo, estuvo de vuelta el joven doctor, y dando ánimo y buena esperanza a la madre, que ansiosamente preguntaba por el pobre niño, y después de una rápida ojeada a éste, sacó de su carpeta nueva una jeringa grande y de una caja un largo tubo, aplicando al niño enfermo una inyección antidiftérica.

Seguía la madre con intensa ansiedad todos los detalles de la pequeña operación, y al ver que sobraba una buena porción de suero que no había sido inyectado, preguntó:

—¿Hace falta ponerle otra inyección?

—No, señora, contestó el doctor, basta con una; esta porción que guardo es para otro enfermo que padece la misma enfermedad.

—¡Pobrecillo!, exclamó la buena mujer, y luego, insinuante y expresiva, cruzando ambas manos en actitud suplicante, continuó: dígame usted la verdad, doctor, ¿se salvará mi pobre hijo?

—Seguramente, señora, no lo dude, tenga tranquilidad; esta inyección hace milagros cuando se aplica a tiempo, y en esta ocasión hemos acudido con toda oportunidad; mucho ánimo, buena mujer, usted verá a su niño bueno.

Las lágrimas inundaron los ojos de la madre, y como si la lisonjera esperanza hiciese avivar en ella los sentimientos caritativos, empujó al doctor hacia la puerta, diciéndole: Si la salvación depende de llegar a tiempo, no se detenga usted en ir a poner esa inyección a ese otro enfermito de que me ha hablado; su pobre madre está desolada, llena de angustia.

Corrió Antonio a su casa encerrándose inmediatamente en su cuarto y aplicándose la inyección que había reservado, templado, a pesar de ser aplicada tan oportuna y aun prematura-

mente, que no fuera para él eficaz por lo debilitado que le había dejado la grippe.

No quiso decir nada a su buena madre; pero vivió unos ratos de horrible angustia y de grandísima inquietud, considerándose perdido por la terrible enfermedad que en el cumplimiento de su deber había contraído.

No fueron equivocados sus presentimientos, y antes de veinticuatro horas sintió los síntomas iniciadores de la enfermedad que había de dar cuenta de su corta vida.

Al primer escalofrío llamó a su madre, le pidió el Crucifijo que siempre llevaba ella al cuello, lo besó con gran piedad y resignación y dijo sencillamente:

—Señor, he cumplido con mi deber; tú, madre mía, que me enseñaste a hacerlo así, pídele a Dios que me lo tenga en cuenta...

Expiró.

El entierro del joven doctor fué muy sencillo y humilde, y tan sólo llevaba una pequeña y modesta corona de siempre vivas con esta sencilla inscripción: «Al salvador de mi hijo; una madre agradecida».

A un tiempo llegaron confundidas a los pies del Altísimo dos oraciones de dos madres; la una ofreciéndole resignada el inmenso sacrificio de haber perdido a su único y buenísimo hijo; y la otra dándole gracias por haber puesto en su camino aquel buen médico que salvó la vida de su niño. Estas dos puras oraciones se abrazaron como hermanas ante la presencia de Dios, y Él, al bendecirlas, acogió solícita y blandamente el alma del heroico médico que no vaciló en exponer y perder su vida para cumplir el deber de salvar a su enfermo.

FASCIP.

Diversas clases de tontos

En el mundo hay muchos tontos esto es cosa averiguada. No sé quién dijo que «son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen».

Y si por si acaso hay alguno que juzga esta afirmación demasiado exagerada, ahí está el testimonio de Salomón, cuya autoridad no se atreverá nadie a discutir, y que dice en uno de sus libros: «Es infinito el número de los tontos». Infinito, fijense ustedes bien.

Y si a pesar de la indiscutible autoridad de Salomón, todavía hay alguno que lo ponga en duda, oiga lo que dice su padre, el profeta David: «Echó Dios una mirada sobre la tierra, a ver si había un hombre inteligente... y apenas encontró uno».

Lo siento por la parte que me toca, pero es evidente que hay en el mundo muchos tontos, muchísimos tontos.

No todos los tontos son iguales, desde luego. Los hay de diferentes categorías. Por ejemplo, los hay tontos del todo, como si dijéramos; tontos

por parte de padre y de madre, tontos integrales.

Esta clase de tontos es la más inofensiva. No es que no hagan daño muchas veces. Suele decirse que más daño hace un tonto que un malicioso; pero si hacen daño es sin malicia y sin querer hacerlo, por lo que son bastante disculpables. Esta clase de tontos es hasta necesaria. Si no hubiera tontos, ¿de qué vivirían los listos?

Hay otros que son tontos a medias, es decir, personas de pocos alcances intelectuales, pero que reconociendo ellos mismos su incapacidad y poco valer, no se atreven a meterse en camisa de once varas. Yo no clasificaría a éstos en la categoría de los tontos, pues por lo menos en reconocer su poca valía demuestran un regular talento. Sería mejor catalogarlos en la categoría inferior de los listos.

Hay, por fin, otra clase de tontos, mucho más peligrosa y desagradable: la de los tontos que se creen listos, es decir, aquellas personas que por haber nacido en esferas superiores de la sociedad, o por haber tenido padrinos que los auparon, o por cualquier otra circunstancia casual, ocupan algún cargo o posición de importancia, y sólo por esto ya se creen listos; pero,

en realidad, son tontos de capirote.

Esta es la peor casta de tontos que existe. «Un hombre fatuo—decía Balzac—es una cosa que asusta, pero asusta todavía más un hombre infatuado».

Prueba evidente de la fatuidad de esta clase de tontos es que son ellos los únicos mortales que no se equivocan jamás y que todo lo hacen bien.

Es cosa comprobada que no hay ningún hombre, por listo que sea, que no haga al cabo del día una porción de tonterías; pero la diferencia entre los tontos y los listos, está en que los listos se dan cuenta que las hacen, y los tontos, no.

Si a mi me dan a escoger entre estas diversas clases de tontos, me quedo, desde luego, con los tontos a medias. Suelen ser personas simpáticas y hasta divertidas. Si me obligan a seguir escogiendo, escojo los tontos del todo, por lo menos, no molestan. Pero de los tontos que se creen listos... libreme Dios.

Si en todo esto que he dicho hay algún tonto que se crea aludido, que tenga la satisfacción de saber que al menos en eso demuestra que no es tan tonto como parece.

Fr. Gumersindo de Escalante.

O. F. M., Cap.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y adelantándose un legista y tentándole le dijo:

—Maestro, ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna?

—Amarás al Señor tu Dios... y a tu prójimo como a ti mismo.

Magnífica respuesta que encierra en sí todo el principio de una doctrina. Cumpliendo éstos preceptos el hombre forzosamente ha de ser bueno y lo será también para sus semejantes.

Pero aun quiso saber algo más el legista de que nos habla el Evangelio y tal vez queriendo disculpar su pregunta tan acertadamente contestada, le preguntó:

—¿Y quién es mi prójimo?

Las palabras de Jesús de Nazaret hicieron ver claro a aquel ciego que no quería ver la gran verdad de la lección que había recibido del Maestro.

Y efectivamente que en estos dos preceptos evangélicos se encierra la clave de la vida humana.

Si el hombre ama a su Dios y ama también a su prójimo, representado por todos aquellos que con él conviven, llegando a desear para ellos lo que quisiera para sí, no cabe duda alguna que desaparecerían los problemas que el mundo tiene planteados.

La religión, que nos enseña estos principios, no es una cosa puramente privada sino que sobrepasa nuestra conciencia y llega hasta la vida pública, debiendo infiltrar éstos fundamen-

tos de la fe en la política, en la ciencia, en la economía y en la sociología.

Con el pretexto de «dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César» se ha llegado a hacer laico el Estado, las sociedades, las leyes, las instituciones, a erigir el indiferentismo religioso en máxima o axioma de gobierno. Y no es posible al hombre desdoblarse desligándole de sus creencias a la hora de actuar como hombre de gobierno, como dirigente social o como economista o sociólogo.

Sin que tampoco se trate de confundir la religión con las cosas mundanas y someter a la acción eclesiástica los dominios que no son de su incumbencia, el hombre tiene que reconocer que sus principios religiosos han de ser los inspiradores de sus actos como ciudadano o como gobernante, lo mismo que en ellos se ha de basar para lo íntimo de su conciencia.

Pretendiendo oponerse a la invasión de la Iglesia en los asuntos civiles, se ha llegado a una separación antinatural de la personalidad humana, pues el hombre se encuentra con dos normas de vida distintas: una de tipo religioso, basada en el amor a Dios y a los hombres sus semejantes y otra de tipo civil que ha de apartar por completo de toda idea espiritual.

No hay aquí incompatibilidad alguna. El hombre creyente ha de llevar sus principios de moral religiosa a todas las actividades sociales, infiltrando en ellas el sello de su amor a Dios y a su prójimo, y podremos estar muy seguros de que sus leyes, sus disposiciones, sus actividades sociales en general han de merecer de todos el aplauso por la felicidad que a todos habrá de reportar.

La Iglesia, por medio del Supremo Pontífice, da continuas normas basadas en estas palabras de Jesús de Nazaret al legista del Evangelio. El amor y la caridad las inspiran, los hombres no quieren escucharlas y prefieren inspirarse en el odio, en la ambición, en el derecho de la fuerza basado en la injusticia, por eso los pueblos se sienten inquietos y en continuas revueltas siguen locamente a los audaces explotadores que les engañan prometiéndoles... lo que no podrán nunca cumplir.

Después de ésta guerra, solamente una idea y unos principios han salido fortalecidos: la idea religiosa y los principios cristianos. Los regímenes políticos y sociales han fracasado en la guerra y están fracasando estrepitosamente en la paz. Los pueblos no encuentran en ellos el anhelo de justicia por cuyos ideales lucharon. Solamente desde la colina Vaticana suena en los oídos de los hombres palabras de verdadera paz y convivencia entre los pueblos.

Es la voz de Jesús de Nazaret que repite de nuevo las palabras de aquellos tiempos: «Ama a Dios sobre todas las cosas... y al prójimo como a ti mismo».

Los pueblos y los hombres empiezan a comprender dónde está la paz y la justicia por la que han muerto a través de los siglos millones de hombres.

—¿Quién de aquellos hombres que cuenta la parábola evangélica te parece que usó de misericordia y de verdadero amor al prójimo?

La respuesta la dió el legista y señaló al misericordioso, al que atendió al desgraciado y curó sus heridas como verdadero cumplidor del mandato divino.

Jesús, entonces le dijo: «Pues ve y haz tú lo mismo».

R.

Oración del Río

SONETO

Señor: voy hacia el mar, y en el camino,
mirando hacia tu Gloria colosal,
retrato tu Grandeza en el cristal
de mi limpio espejo cristalino.

Manso y humilde, sigo mi destino;
te miro, y Tú alimentas mi caudal;
te sonrío y me ofrezco bautismal,
y un día te me acercas peregrino.

¡Qué manantial de tu costado brota
sobre mi transparente sutileza!
Me devuelves, Señor, aquella gota

que Juan dejó caer en tu cabeza.
Te bauticé aquel día y hoy Tú mismo
me bendices, Señor, con tu bautismo.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ.

Lanzar una calumnia es como herir
con la espada, aunque cure la herida
queda la cicatriz.

Similicadencias

Amicis Pascal: Tengo el Honorio de decirte que ya he *Recesvinto* el *Recaredo* que me enviaste. Lo *Priamo* y principal es que no me *Sófocles* si he sido *Léntulo* en contestarte. Soy muy *Franklin* y te confieso que dicho *Recaredo* me lo trajeron a la hora de *Mozart*, después de un opiparo almuerzo.

Al principio me quedé *Confucio*, porque como estoy muy *Gordiano*, me *Jeroboan* los paseos; sin embargo, eché hacia *Dante*, di una *Voltaire* por la población, cobré tu décimo en casa del *Lotario* y dejé lo demás para otra ocasión, porque, chico, el que *Mucio Amilca Barca* poco aprieta, y además, porque caía una *Liuva* capaz de asustar al *Lutero* del alba; por eso me volví a casa y dejé lo demás para en *Sisenando*. La humedad me estropeó el *Charilao* de las botas y me exacerbó los dolores de *Reamur*; si no me los curo este invierno *Horacio pro nobis*.

Teodomiro y te venero, al ver cómo todos se están *Casandro* y tú permaneces de *Homero* espectador. Noé visto cosa semejante. Hasta el *Hipócrates* de tu primo se casa *Augusto* de toda la familia con una *Muza* muy guapa que ha *Herodoto* una gran fortuna. *Levi* hace pocos días y no sabe de *Figaro* el día de la *Budha*, para la cual me ha convidado.

Sé que vamos a comer rica sopa de *Escévola* y *Salomón* en salsa *Tartarin*, rico *Ervigio*, ensalada de *Pepina* y una *Copérnice* de *Tintilio*, preferible a todo *Licurgo*, pues *Turismundo* sabe que los licores suelen tener alcohol *Amalarico*.

Yo pienso regalarle una *Petrarca* para los pitillos.

Estás completamente equivocado en cuanto intentas demostrarme. ¡A *Bonaparte* vienes! Eso de querer *Teglatfalasar* las cosas; ni que *Fruela* yo tonto. ¡*Valente Trastamara* me juegas si te llego a hacer caso! Pero por toda respuesta te diré que no me gusta que me *Beethoven* el pelo; conquie *Teudiselo* a tu abuela, pues yo no *Tancredo* y si me apuras voy a esa y te *Claudio el Coello*.

Ahora, mi único *Desiderio* es que me hagas el *Favilo* de enviarme varias cosas que necesito:

Una arroba de jabón para *Lavoisier* la ropa.

Witiza para el billar.

No sé si *Abraham* impreso la segunda *Edison* de mi libro. Entérate en *Laplace* de Santa Ana, entrando a *Longimano* derecha.

Un par de frascos de *Vitrubio* con tapón esmerilado para guardar dulce.

Un *Ciro* para el oratorio.

Un baño de *Zinc*; ya sabes que me gusta darme un *Zabulón* en el agua al levantarme.

No pases cuidado por tu hermano; yo estoy con mucho ojo y *Leovigildo* para que estudie y no se haga el *Rémulo*.

Tuyo afectísimo,

MELITÓN GONZÁLEZ.



ROGAD A DIOS EN CARIDAD
por el alma de la

Sra. D.^a María Goicoechea Solís

Viuda de García Rendueles

(Terciaria Franciscana)

Fallecida en Gijón el 13 de Agosto
de 1946

Habiendo recibido los Santos Sacramentos
y la Bendición Apostólica

R. I. P.

Su fé religiosa sostuvo su vida hasta el cumplimiento de sus deseos familiares.

El Señor habrá premiado sus muchas virtudes.

Comentando

NICHI

Hay circunstancias en la vida en las que el hombre más templado pierde los estribos y se desboca ciegamente, embistiendo contra todo, y solucionando sus problemas a la trágala, que es el mejor sistema para aumentarlos.

En un caso de estos me vi yo hace pocos días, me contó un amigo mío de café. Y yo lo transcribo íntegro. Confieso, me dijo, que el asunto era difícil y de ineludible solución. Mi buen nombre, mi bienestar material y la tranquilidad de los míos, exigían una solución rápida. Un requerimiento judicial, unas letras firmadas, una hipoteca vencida, pesaban sobre mi espalda más que la joroba del chepudo Enrique de Lagardere.

¡Cómo solucionar tanto problema! se decía mi buen amigo. El ofuscamiento más espantoso se había enseñoreado de mi intelecto. Veía solo mi ruina y el deshonor, y quise consolarme pensando en casos parecidos de la Historia. ¡Caramba; aquí está la solución! Fausto y muchos otros recurrieron en sus casos difíciles al Diablo. ¿Por qué no hacía yo lo mismo? Una nube negra cubrió mis sentidos, e invoqué a Satanás. La cabeza me ardía y el mareo me invadió de tal manera que me quedé dormido.

Un ruido extraño me despertó. Ante mi mesa, sentado cómodamente en mullida silla de alto respaldar, un joven delgado, huesudo, de perilla negra, con una viveza de expresión enorme desde las negras pupilas de sus ojos oblicuos y rasgados a las puntiagudas uñas de sus afilados dedos, enfundado en un impecable traje negro, sonreía picaresco esperando mi despertar. Y me dijo:

—¿Y bien? Aquí me tienes. Me has invocado y a tu servicio estoy.

—Caramba! Contesté yo con más tranquilidad de la que podía suponer. —¿Luego usted es el Diablo?

—Para servirte.

—Bien, Sr.: ¿Sr. qué? ¿He de llamarle Lucifer, Satanás, Mefistófeles...?

—Perdón— me interrumpió. —Eso es pura poesía. Nosotros los Diablos, siempre vamos en todo con el siglo. Por eso ahora visto correctamente a la moderna. Puedes llamarme Nichi, que va más en consonancia con estos tiempos. Pero no perdamos tiempo. Sé de qué se trata y te traigo la solución.

—¡Amigo Nichi! ¡Ven a mis brazos!

—Perdona. Primero vamos a tratar de negocios. Tú te has metido en un asunto muy feo y hoy se termina el plazo para resolverlo. En esa solución se juega tu honor, tu riqueza y el honor y el bienestar de los tuyos. Todo eso yo te lo doy, pero tiene un precio: tu alma.

—¡Caramba, Nichi! ¡Qué bromas tienes!

—¿Que darías tú porque los tuyos no sintiesen vergüenza de ti y conservasen el bienestar?

—Sin titubear, daría con gusto mi vida.

—Pues bien: todo eso tendrás, sin detri-

mento de tu buen nombre y de tu propia felicidad.

—Amigo Nichi, creo que exageras un poco en el precio. No eres tú quien vende sino yo quien vendo un alma, y a fe que me parece raquíca tu tasación.

—¿Qué quieres, entonces?

—Yo te daría mi alma si a todo eso que tú me ofreces añadieses la Gloria.

—La tienes. Te haré notable entre los notables. Tu nombre se escribirá con oro en el libro de la Historia...

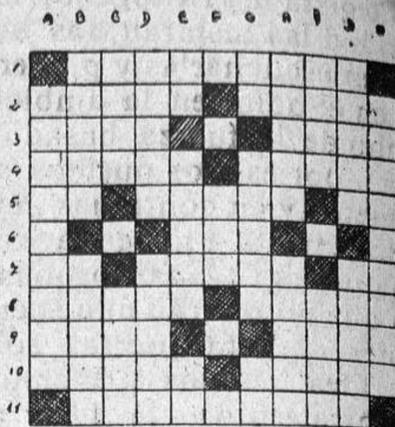
—No nos entendemos. Esa gloria mundana me importa bien poco. La Gloria que yo quiero es una eternidad venturosa junto a Dios...

—Vamos. Lo que tú quieres, no es vender tu alma. ¡Tú quieres estraperlarla!...

—Mi buen amigo despertó de su sueño sin haber tenido que vérselas con ningún Fiscal de Tasas.

HERO.

Crucigrama núm. 23 por Morán



HORIZONTALES.—1. Natural de una vasta región africana.—2. Gruesas paredes. Capital de Asia Menor.—3. En los naipes. Provincia italiana en el Adriático.—4. Partidarios de un régimen europeo desaparecido. Tela fina.—5. Igual. Provincia de Bolivia. Consonantes.—6. Consonante. Verdad, claridad. Vocal.—7. Terminación verbal. Al rev. efectos de un enfriamiento. Preposición.—8. Paralelogramo. Al rev. moneda peruana, plural.—9. Al rev. y con s. vegetación en el desierto. Seca al aire.—10. Fonéticamente, amoneta. Designación de un apodo.—11. Castigarrías.

VERTICALES.—A. Relativo al dinero.—B. Tejidos finos de seda. Vuelta de hierro en espiral.—C. Al rev. Labre granjas de Indios. Cere.—D. Al rev. Cónsul romano. Suscripción.—E. Vive. Canto litúrgico. Al rev. interjección.—F. Consonante. Pueblo de Jaén. Vocal.—G. En la baraja. Cuerdas. Voz ejecutiva militar.—H. Desierto de Africa. Político y caudillo corso.—I. Al rev. embarcación. Educa.—J. Pueblo de Santander, plur.—K. Protagonista del poema de Virgilio. K. Acordes melodiosos.

Nota.—En las casillas independientes el número de un puerto gallego.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 333

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)